

- **Autor/es** Juan Francisco Blanco García
- **Título** «Las raíces de los vacceos»
- **N.º de *Vacce* Anuario** 7
- **Año** 2014
- **Páginas** 54-64
- **ISBN** 978-84-617-2163-4
- **URL** <https://pintiavacce.es/download.php?file=244.pdf>



# VACCEA 2013

## ANUARIO



Universidad de Valladolid Facultad de Filosofía y Letras  
Centro de Estudios Vacceos 'Federico Wattenberg'

Núm. 7, octubre 2014

[www.pintiavaccea.es](http://www.pintiavaccea.es)

5 €

**AUTRIGONES**  
NUESTROS ANCESTROS

**PINTIA CAMPAÑA XXIV**  
EXCAVACIONES EN LAS RUEDAS

**VERTAVILLO**  
CIUDADES VACCEAS

**VACCEARTE**  
RETROSPECTIVA

**BRONCES DE  
ADORNO PERSONAL**  
PRODUCCIONES VACCEAS



# PREMIOS VACCEA

## Convocatoria

### 5ª Edición

## 2016

En el acto de entrega de los Premios Vaccea, en su cuarta edición, que tendrá lugar en el Aula Triste del Palacio de Santa Cruz de Valladolid durante el último trimestre del 2014, quedarán convocados los correspondientes a su quinta edición, que tendrá lugar el año 2016. Podrán optar a los mismos, en sus distintas modalidades (vease [www.pintiavaccea.es](http://www.pintiavaccea.es)), cuantas instituciones, públicas o privadas, empresas o particulares se presenten o sean presentados, acompañando la documentación que les justifique como acreedores a los mismos; además se tendrán en cuenta las propuestas del jurado de la mencionada edición.

Quienes deseen optar a los Premios Vaccea en su quinta edición, en cualquiera de sus modalidades, habrán de dirigirse, acompañando la documentación pertinente, al Director del Centro de Estudios Vacceos 'Federico Wattenberg' (Departamento de Prehistoria, Arqueología, Antropología Social y Ciencias y Técnicas Historiográficas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Valladolid, Plaza del Campus Universitario s/n, 47011 Valladolid).

Esta convocatoria permanecerá abierta hasta el 31 de marzo de 2016.



#### EDITA

Centro de Estudios Vacceos 'Federico Wattenberg'  
de la Universidad de Valladolid

#### DIRECTOR

Carlos Sanz Mínguez

#### COLABORADORES

Juan Francisco Blanco García  
Juan Manuel Carrascal Arranz  
Luis A. Sanz Díez  
Elvira Rodríguez Gutiérrez

#### ILUSTRACIONES

Centro de Estudios Vacceos 'Federico Wattenberg'  
y autores de los trabajos respectivos, salvo indicación expresa.

#### DISEÑO

Centro de Estudios Vacceos 'Federico Wattenberg'

#### MAQUETACIÓN

Eva Laguna Escudero

#### PORTADA

Proceso de representación gráfica de una jarra vaccea  
procedente de la necrópolis de Las Ruedas

#### REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y PUBLICIDAD

Centro de Estudios Vacceos 'Federico Wattenberg'  
y Asociación Cultural Pintia

#### IMPRESIÓN

gráficas CELARAYN, s.a.

#### TIRADA

10.000 ejemplares

#### DEPÓSITO LEGAL: VA-777-2014

ISBN: 978-84-617-2163-4





pág.

06 **Excavaciones en Pintia.** Campaña XXIV de excavaciones arqueológicas en *Pintia* (Padilla de Duero/Peñafiel)

14 **Nuestros ancestros.** Autrigones

26 **Ciudades vacceas.** Vertavillo

34 **Producciones vacceas.** Metalistería vaccea. II. Bronces de adorno personal

44 ***Pintia* proyecto docente**



54 **Las raíces de los vacceos**

66 **VacceArte.** Retrospectiva

76 **La otra mirada.** José Carlos Sanz Belloso

78 **Noticiero Vacceo**

98 **Humor Sansón**



**PROYECTO PINTIA**  
**Equipo de investigación 2013**

**Director:**

Carlos Sanz Mínguez, Profesor Titular de Prehistoria, Universidad de Valladolid

**Codirectora Excavación Arqueológica:**

Rita Pedro

**Coordinadora**

María Luisa García Mínguez, Presidenta de la Asociación Cultural Pintia

**Becarios adscritos al Proyecto Pintia:**

Álvaro Sanz García

**Personal contratado**

Eva Laguna Escudero  
Luis Pascual Repiso  
J. Carlos Jimeno Velasco

**Colaboradores:**

M. Mercedes Barbosa Cachorro  
Juan Francisco Pastor Vázquez  
Félix Jesús de Paz Fernández  
Ángel Rodríguez González  
Asociación Cultural Pintia  
Voluntariado pintiano

**Diseño exposiciones:**

Ignacio Represa Bermejo

**Alumnos participantes en la campaña de excavación XXIV:**

Tania Alonso Sambade  
Paula Burkhardt  
Sonia Ferreras Ruíz  
Rubén Justo Álvarez  
Andrew Lisec  
F. Javier Marco Platzdasch  
Joelle Marco Caviedes  
Benjamin Raymond  
Laura Rodríguez Martín

Rubén de la Rosa  
Álvaro Sanz García  
Elizabeth Smith  
Alicia Vaca Alonso  
Álvaro Vera  
Jessica Waterworth  
Jena Wilder

# LAS RAÍCES DE LOS



**M**uchos de los elementos culturales que caracterizan a los vacceos históricos, como son sus sólidas viviendas de barro y madera, la economía basada en el cultivo masivo de cereal y la crianza de ganado vacuno y ovicaprino, las herramientas de hierro o la utilización de recipientes cerámicos fabricados a torno, ya están presentes en el valle medio del Duero desde momentos anteriores al 420/400 a.C., dentro del contexto de la denominada cultura del Soto de Medinilla.

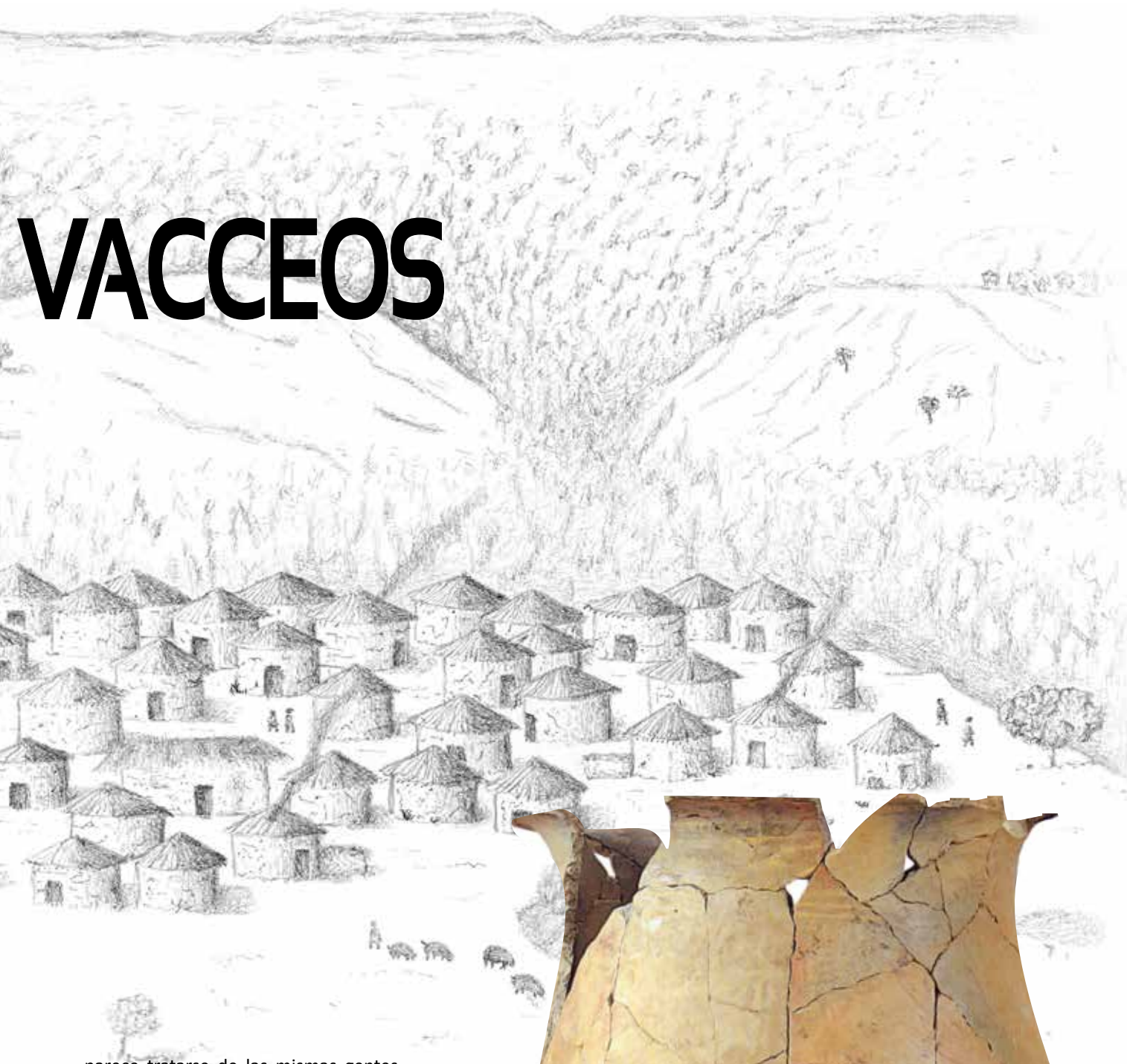
Es en torno al 1000 A.C., en fecha calibrada, y hacia mediados del siglo IX, en cronología tradicional, cuando vemos surgir este complejo cultural cuyo

nombre se debe a que buena parte de sus rasgos arqueológicos se identificaron por primera vez en las excavaciones realizadas por Pedro de Palol entre 1957 y 1965 en el terrazgo así denominado, situado a las afueras de Valladolid capital. La soteña es una cultura campesina que viene a representar el primer paisaje de poblados estables en la cuenca sedimentaria del Duero, construidos con materiales duraderos —al menos los más destacados—, que testifican los deseos de echar raíces en el lugar por parte de las comunidades que los edificaron. Por otra parte, del mismo modo que Cogotas I es sinónimo del Bronce Medio y Final en este territorio, el Soto de Medinilla lo es del Hierro Antiguo,

pues se extiende desde las fechas arriba indicadas hasta la segunda mitad del siglo V a.C., momento este último en el que por influencia de los pueblos celtibéricos del oriente meseteño, se transforma material e ideológicamente en la cultura vaccea propiamente dicha. Esta transformación no fue brusca ni traumática, sino que se produjo de manera gradual y natural. A lo largo de toda la Edad del Hierro la continuidad cultural es la nota imperante en el Duero medio, y aunque, por la necesidad que siempre siente el investigador de compartimentar el devenir histórico en periodos que tengan cierta coherencia interna, distinguimos una fase antigua, la soteña, de otra avanzada, la vaccea, realmente



# VACCEOS

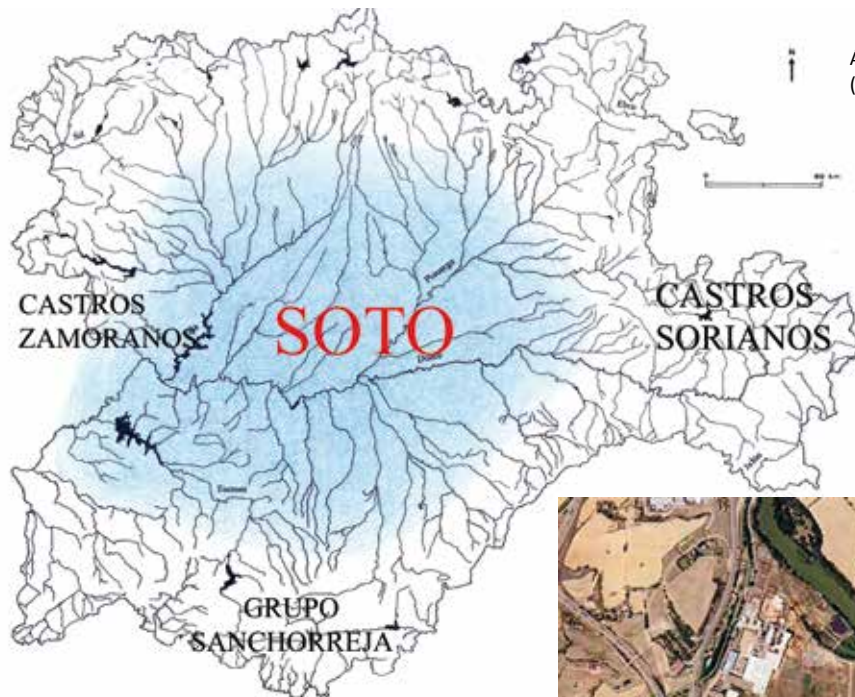


parece tratarse de las mismas gentes, de las mismas comunidades, que han ido evolucionando hacia una mayor integración con su medio natural y una mayor complejidad social y económica a lo largo de ocho siglos. No obstante esto, y por lo que ahora nos interesa, en los casi cuatro siglos que concedemos a la cultura del Soto se puede distinguir

Recreación hipotética del aspecto que hubo de tener el poblado soteño de *Cauca*, situado entre los ríos Voltoya y Eresma, hacia el 700/650 a.C., (dibujo, J. F. Blanco).

La Mota, Medina del Campo. Vaso policromo fabricado a mano, de la *plenitud* del Soto (foto, Museo de Valladolid).





Ámbito territorial de la cultura del Soto de Medinilla (dibujo, J. F. Blanco).

Vista aérea del Soto de Medinilla (Valladolid) (Delibes y Herrán, 2007).



una fase formativa de otra plena, la primera situada cronológicamente entre el 850/800 y el 700 a.C., y la segunda entre esta última fecha y el 450/420 a.C.

El territorio soteño se sitúa en las tierras sedimentarias del centro de la cuenca del Duero, con una prolongación hacia occidente que llega, por un lado, hasta el noroeste de Zamora y Trás-os-Montes oriental y, por otro, hasta la cuenca del río Sil. Actualmente se tienen registrados varios cientos de poblados soteños, muchos de los cuales fueron pequeños y de efímera existencia, pero otros son de larga duración, en ambos casos casi todos de nueva planta, pues por lo general se sitúan en lugares distintos a aquellos en los que

estuvieron asentadas las gentes que les precedieron en estos espacios, las de la cultura de Cogotas I. La mayor densidad se localiza a lo largo de los afluentes que por la derecha desaguan en el Duero (Pisuerga, Valderaduey, Esla, etc.) y en las campiñas meridionales que se ex-

tenden por el sur de Valladolid, noroeste de Segovia y norte de Ávila. A medida que nos vamos alejando de este núcleo de alta concentración poblacional, y salvo en algunas comarcas, se van volviendo más raros y espaciados, tal como se observa en la zona leonesa, en las primeras rampas de la montaña palentina o en el oriente segoviano. Aunque hay excepciones, constituye casi una norma que los de mayores dimensiones —entre 1 y 5 ha—, que son los de más larga proyección temporal y por ello se han convertido en auténticos tells, se sitúen cerca de ríos con cauce permanente a lo largo del año, mientras que los de tamaño mediano y pequeño —menos de 1 ha— lo hagan junto a alguna laguna o charca situada por lo general en el fondo de pequeñas cuencas endorreicas muy atractivas para el cultivo de cereales y el mantenimiento de una cabaña ganadera de no muchas cabezas. Estos últimos, muy numerosos en las campiñas meridionales del Duero, por ejemplo, suelen ser poblados situados en llanura, ladera o suave elevación, lugares todos ellos a salvo de la humedad

La mayor parte de las alquerías soteñas se sitúan junto a charcas, arroyos o ríos.



Poblado del Soto



generada por esas lagunas y charcas así como de las crecidas del nivel del agua en épocas de lluvia.

Desde el punto de vista topográfico, los lugares en los que se sitúan los poblados soteños son muy variados, pues a los tres referidos anteriormente, y de los que serían buenos ejemplos Almenara de Adaja, Lastras de Cuéllar o Los Bodonazos en Coca, tendríamos que sumar los situados en promontorio junto a un río (Ledesma, La Mota en Medina del Campo, el Cerro de San Vicente en Salamanca, Los Cuestos de la Estación en Benavente o Roa), en cerro testigo o monte-isla (Cuesta del Mercado en Coca, Cerro de San Pelayo en Martinamor), en suave elevación junto a algún meandro fluvial (El Soto de Medinilla, Las Quintanas en Valoria la Buena), en borde o lengua de páramo (Cuéllar, Olivares de Duero, El Cerro del Castillo en Montealegre de Campos) y en espigón amesetado entre dos ríos (Coca, Sieteiglesias). Muchos de estos últimos son los que, con el tiempo, acabarán convirtiéndose en grandes ciudades vacceas.

Los asentamientos de pequeñas dimensiones suelen ser abiertos, carentes por completo de defensa artificial. Sin embargo, en muchos de los mayores se han documentado restos de murallas y empalizadas. Así, en el propio Soto de Medinilla Palol excavó parte de la potente muralla de barro con la que contó en su época de plenitud y varias líneas de empalizada; en La Corona/El Pesadero (Manganeses de la Polvorosa) la muralla, construida a comienzos del siglo V a.C., es de adobes sobre basamento de piedra; en el castro leonés de Sacaajos (Santiago de la Valduerna) se han podido excavar trece metros de una muralla de tapial recorrida en su cara in-



La Mota. Sección del doble foso que protegía el poblado del Hierro I, cortado en su mitad por el de época de los Reyes Católicos (foto, M. Retuerce).

terna por dos líneas de postes de madera; en el castro palentino de Los Barraones (Valdegama), la muralla era de mampostería en seco; en Zorita (Valoria la Buena) también parece existir tanto muralla como foso. A estos ejemplos de poblados con muralla tendríamos que añadir los castros del noroeste de Zamora, hoy considerados soteños.

Además de la muralla, algunos contaron con foso, como es el caso de Roa, del que sabemos tenía unos siete metros de anchura y entre cinco y seis de profundidad. Y en las excavaciones de 2001-2003 realizadas en el poblado medinense de La Mota se documentó algo que era por completo desconocido hasta ese momento en el panorama poblacional soteño: un foso doble o, como algunos investigadores denominan, un foso de dos senos. Por fotografías aéreas sabemos que otros muchos poblados dispusieron también de foso,

generalmente ubicado en la zona llana más vulnerable.

En lo que aún es muy deficiente nuestra información es en lo relativo al urbanismo de los poblados soteños. En los de pequeñas dimensiones y en las alquerías, que son la mayoría, es evidente que las cabañas carecen de cualquier ordenación, pero es en los grandes donde algunos datos sí se pueden entresacar. En general, debido a que el tipo de vivienda que impera, al menos en los momentos iniciales, es el de planta circular u ovalada, en la ordenación del espacio no se debió de poner mucho empeño, como reflejan recientes reconstrucciones ideales realizadas sobre el Cerro de San Vicente y Coca. A pesar de lo cual, hay algunos ejemplos que demuestran que ese intento de racionalización del solar habitado sí se llevó a efecto: en *Dessobriga* (Melgar de Fernamental/Osorno), por ejemplo,

La Mota. Muros con las hiladas de adobes retranqueadas (foto, M. Retuerce).







El Soto de Medinilla. Vivienda circular de adobes con hogar central y banco adosado de tapial (Delibes, Romero y Ramírez, 1995).

La Mota. Vivienda de planta cuadrangular con hogar central (foto, M. Retuerce).



las viviendas, que son de planta circular, se disponen a ambos lados de dos calles empedradas paralelas, y en La Corona/El Pesadero las viviendas se sitúan a los lados de varias calles de unos tres metros de anchura. Será en los momentos más avanzados, en que junto a las viviendas circulares se construyen —y cada vez de manera más habitual— las de planta cuadrangular, cuando ya sí se produzca una tendencia a la ordenación en la que las casas están alineadas y tienen muros medianiles, como se ha podido ver en las recientes excavaciones de La Mota. Este tipo de estructura se encuentra ya en la antesala del urbanismo de la Segunda Edad del Hierro.

En las fases más antiguas del Soto el tipo de vivienda aún seguía estando muy apegado a las que habitualmente se estuvieron construyendo durante el Calcolítico y la Edad del Bronce: eran de planta circular u ovalada, suelos de tierra apisonada, paredes de palos entrelazados recubiertos con barro, hogar central y espacio único de entre 8 y 30 m<sup>2</sup>. Sin embargo, ahora suelen contar con un banco corrido fabricado con barro prensado y superficies externas revocadas que circunda parte de la pared interior, lo que significa que se trata de una arquitectura en la cual se manifiesta claramente cómo sus artífices a la vez que la entienden como algo temporal aún, prevén que permanecerán en el lugar un tiempo limitado. Estas viviendas de los momentos más antiguos de la etapa formativa del Soto, que se encuentran documentadas, además de en el yacimiento epónimo, en Simancas, Sacaojos, Martinamor o Los





El Soto de Medinilla. Restos de vivienda circular, graneros rectangulares y horno, de adobes y tapial (Delibes, Romero y Ramírez, 1995).



El Soto de Medinilla. Horno doméstico de barro (Delibes, Romero y Ramírez, 1995).



La Corona/El Pesadero. Instalación supuestamente de carácter cultural (Misiego et al., 1997).

ganando en metros cuadrados y en no pocos casos sus suelos se pavimentarán con adobes, como magníficamente nos muestran algunas de las exhumadas en el poblado salmantino del Cerro de San Vicente o en el benaventano de Los Cuestos. Por otra parte, es un tipo de casa que pervivió hasta que el mundo del Soto se transformó en el propiamente vacceo y que en las etapas de pleno desarrollo de esta cultura estuvo conviviendo con la de planta cuadrangular. Estas últimas, aun manteniendo muchas características de las circulares (hogar en el centro, suelos de tierra apisonada, etc.), tienen pies derechos interiores y postes embutidos en las paredes, puertas con gruesos maderos a modo de jambas, muros medianiles, cubiertas a dos aguas y, alguna de ellas pudo haber tenido más de un espacio.

En el subsuelo de algunas viviendas se practicaron inhumaciones infantiles, tal como se constata en Cuéllar, La Mota, el Soto, Simancas o Roa, por ejemplo, lo cual es interpretado de diversas maneras. Muy sintéticamente, algunos investigadores creen que son sencillos enterramientos de niños que no han alcanzado la edad mínima a partir de la cual pasan a ser miembros de pleno derecho del cuerpo social y, por tanto, merecedores de los rituales reservados a los adultos. Otros se muestran partidarios de que pueda tratarse de sacrificios fundacionales con los cuales se pretendía sacralizar el espacio do-

Cuestos de la Estación, pronto dan paso a otras de similar tamaño y forma pero construidas totalmente con adobes, tapial y postes de madera, por lo general sin cimentación, con hogar central, puerta orientada hacia el sur o sureste, cubiertas cónicas de materia vegetal y con ese banco de barro que veíamos en sus predecesoras. A veces el zócalo interno de las paredes y el propio banco muestran decoraciones geométricas realizadas con pinturas rojas, negras, amarillas y blancas (Ledezma, Zorita,

Los Cuestos, Cuéllar, etc.), y en más de una ocasión se ha visto cómo algunas de ellas tenían un pequeño horno que en la mayor parte de los casos sirvió para actividades culinarias. Al exterior, a veces hay pequeñas construcciones anejas que servirían para funciones domésticas complementarias como almacenar cereales, bellotas, utensilios, tal vez cultivar champiñones, etc.

Este tipo de vivienda, a medida que transcurre el tiempo se va haciendo cada vez más compleja, pues irá





Fragmento cerámico decorado con pintura roja visnosa perteneciente a un vaso a torno importado del sureste peninsular (siglos VI-V a.C.) (foto, J. F. Blanco).

los incineraban y después aventaban las cenizas o vertían éstas en ríos y lagos, prácticas ambas que no dejan huella en el registro arqueológico pero que, sobre todo la segunda, enlaza con los depósitos en medios acuáticos que se practicaban durante la Edad del Bronce. No obstante, aun siendo el soteño un mundo sin cementerios, sí se puede decir que al menos en sus finales hay evidencias de que se está utilizando la cremación: en Los Azafranales de Coca, por ejemplo, hace unos años se recuperaron en excavación tres sepulturas cada una de las cuales estaba formada por la urna cineraria y varios vasos de acompañamiento, todo ello fechado, por paralelismos de las cerámicas, a finales del siglo VI o inicios del V a.C.

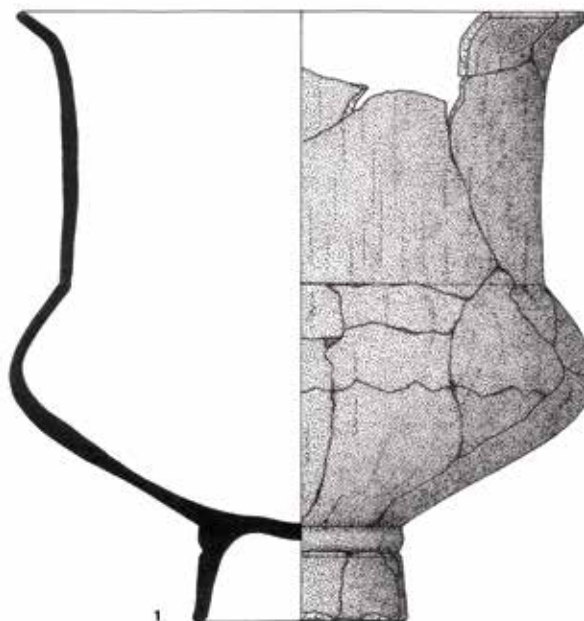
Nuestro conocimiento de la economía de las comunidades soteñas deriva tanto de los análisis —científicos y arqueológicos— que se vienen aplicando a los materiales recuperados en las excavaciones, como de las lógicas deducciones que hacemos del reconocimiento del entorno en el que se localizan los poblados, tal como hoy se presenta, y de su situación en relación con las cañadas y vías de comunicación históricas. La agricultura y la ganadería fueron sus dos pilares fundamentales, como corresponde a comunidades campesinas. La sistemática presencia en cuantos poblados han sido objeto de excavación de restos carbonizados de trigo y cebada, de leguminosas en algunos de ellos, molinos barquiformes de granito y piezas de sílex para armar

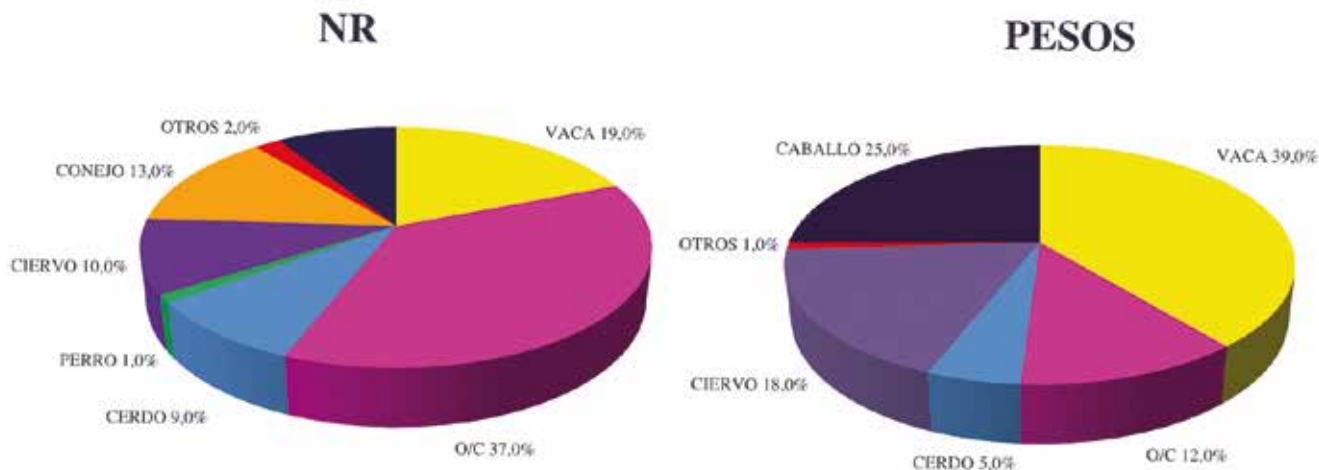


La Mota, Medina del Campo. Fragmento de cuenco de cerámica a mano, decorado con *peine* inciso (siglos VI-V a.C.) (foto, J. F. Blanco).

méstico, idea a la que se opone el hecho de que son muy pocos los casos conocidos para los cientos de viviendas que hay excavadas. Finalmente, no faltan quienes opinan que se practicarían con motivo de algún hecho extraordinario especialmente significativo para quienes habitan en la casa en cuestión. En el cerro de La Mota hallamos una variante de esta práctica: la colocación en el rincón de una casa, cerrado a su vez con dos pequeños muretes bajos de arcilla pero sin cubrición superior, de los restos de un niño cremado dentro de un vaso cerámico, aunque esto podría tener un carácter diferente. Y ya que hemos traído a colación el mundo funerario en las comunidades soteñas, decir que desconocemos por completo el ritual —o los rituales— que utilizaban para deshacerse de los cadáveres de los adultos. Quizá

Conjuntos cerámicos funerarios de *Cauca*. 1, urna de la sepultura II; 2-5, urna y vasos de acompañamiento de la sepultura III (dibujo, J. F. Blanco).





### SOTO I y II

El Soto de Medinilla. Composición de la cabaña ganadera durante Soto I y II (Liesau, 1998).

hocos, además de esos pequeños hornos domésticos de los que algunos presumiblemente sirvieron para cocer pan (El Soto, la Aldehuela, etc.), son los testimonios más evidentes de la existencia de una sólida y excedentaria agricultura cerealista. Relacionada con ella seguramente están ciertas patologías que se observan en los huesos apendiculares de bóvidos y équidos recuperados en las excavaciones y que parece ser fueron provocadas por sobrecargas y esfuerzos realizados en los trabajos agrícolas, así como la práctica de la castración entre los primeros. El que la mayor parte de los poblados soteños, con independen-

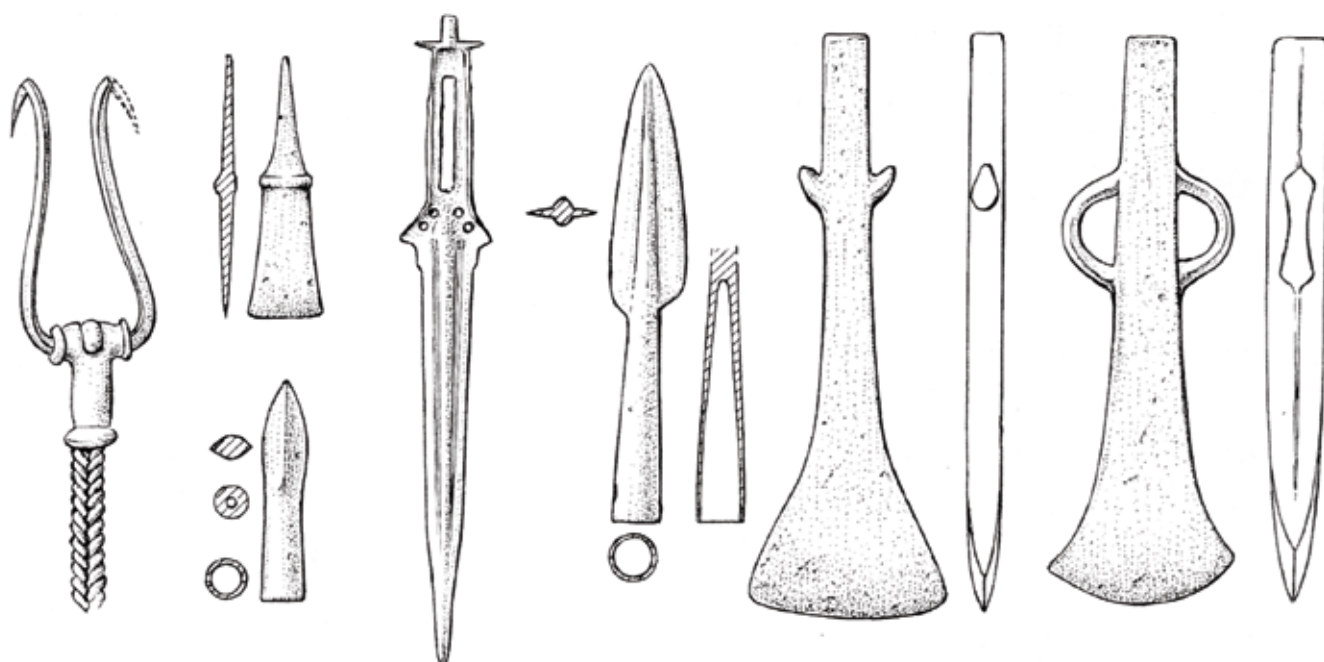
cia de su tamaño, se localicen en puntos con importantes recursos hídricos y en torno a los cuales nunca falta una extensión más o menos grande de fértiles tierras cultivables es lo que ha motivado que en muchas ocasiones nos refiramos a la practicada por los soteños como una "agricultura de humedal".

Aunque aún son pocos los datos que tenemos, parece que alternaron el cultivo de cereales con el de leguminosas, y lógico es pensar que también hubieran hecho uso del abonado de la tierra, el barbecho y la rotación de cultivos, pues de otro modo el agotamiento de la fertilidad de la tierra en pocos

años les hubiera obligado a trasladarse a otros lugares vírgenes o descansados, situación que chocaría frontalmente con la imagen de residencia estable y definitiva que muestran las sólidas viviendas que construyeron y las potentes secuencias estratigráficas que se constatan al menos en los grandes poblados, pues en muchas alquerías sí parece que se siguieron construyendo cabañas de palos y ramas, al ser instalaciones concebidas para la explotación temporal, y puntual, de unos recursos específicos que una vez agotados se abandonaban.

El segundo pilar económico de las gentes soteñas fue la ganadería. En

Conjunto de útiles y armas de bronce característicos del mundo soteño (Delibes y Herrán, 2007).







Crisoles de Zorita (Valoria la Buena) y moldes del Soto de Medinilla, para fundir bronce (foto, Museo de Valladolid).

orden de importancia, el ganado vacuno, el ovicaprino, el caballar y el de cerda constituyen la composición de su cabaña, pero existen sensibles diferencias de una especie a otra, pues mientras el primero representó entre el 40 y el 60%, el segundo supone entre el 10 y el 30%, el tercero apenas llega al 10% y el último se sitúa por debajo del 5%. Diferencias que, por otro lado, también se manifiestan al comparar unos poblados con otros, lógicamente, debido a que

gundos—, y sólo cuando ya no rendían beneficios de este tipo eran sacrificados para el consumo de su carne, el aprovechamiento de su piel, huesos, tendones, etc. Pero no toda la carne que los soteños consumían procede de animales domésticos, sino que una parte importante de la misma tiene su origen en actividades cinegéticas, como demuestran las colecciones faunísticas exhumadas en las excavaciones. El ciervo fue el animal más cazado y tras él, conejos y liebres, jabalíes, corzos, zorros, lobos, linceos, gatos monteses, tejones e incluso hay evidencias de uro, oso y castor. El aprovechamiento económico integral que del medio se hizo se extendía también a la caza de quelonios, reptiles, batracios y moluscos, así como a la pesca de un extenso catálogo de peces: barbos, tencas, lucios, truchas, salmones, etc., muchos de los cuales indican que las aguas de los ríos de entonces eran limpias, frías y caudalosas.

Un sector económico del que han quedado evidencias en numerosos poblados soteños es el metalúrgico, el cual en estos momentos produce utensilios y adornos de bronce. El hallazgo de varios crisoles con restos de colada en el asentamiento vallisoletano de Zorita, en Valoria la Buena, en los zamoranos de Benavente o Manganeses de la Polvorosa, en los leoneses de Sacaojos y el Castillo de Ponferrada, o en el palentino de Saldaña, por ejemplo, así como los fragmentos de vasijas-horno del Soto de Medinilla (Valladolid) y moldes de fundición en el propio Soto, Manganeses, Benavente, Sacaojos y Gusendos de los Oteros, por no citar la presencia de gotas en varios de ellos, demuestra que se están llevando a cabo procesos de fundición en algunas de las viviendas-talleres de esos lugares. Tanto estas

evidencias como las que suministran los depósitos que, al igual que en la Edad del Bronce, continúan practicándose (Cisneros, Bembibre, etc.), dejan claro que sigue plenamente vigente la metalurgia atlántica, de tipo Baiões-Vénat: hachas de apéndices laterales o anillas, puntas de lanza de hoja maciza, cinceles de cubo, hoces, ganchos para carne, asadores, calderos, etc. En lógica correspondencia con esto, la escasa joyería que ha sido hallada en contextos soteños es también de tipo atlántico, incluso en algún caso fabricada propiamente en las Islas Británicas, como ocurre con un magnífico prendedor áureo recuperado en las excavaciones de 1999 en Coca (Segovia).

Es en este ambiente metalúrgico, prolongación natural del que existía en el Bronce Final, en el que se constatan los primeros utensilios de hierro, situados cronológicamente en los finales del siglo VIII a.C. y sobre todo ya dentro de la siguiente centuria (Benavente, Ledesma...), que nos obligan a mirar a partir de ahora al sur peninsular, a los escenarios en los que están interactuando indígenas y fenicios. Desde estos momentos, y cada vez con mayor fluidez y abundancia, van a ir llegando al valle del Duero utensilios y adornos metálicos de origen mediterráneo: fibulas de doble resorte, cuchillos de hoja curva e incluso algún recipiente de uso ritual como el jarro tartésico de Coca, fechado hacia mediados del siglo VII a.C.

Estos objetos metálicos constituyen sólo una parte del conjunto de evidencias arqueológicas que testifican cómo a las comunidades soteñas llegaron influencias del sur peninsular a través de las relaciones comerciales que



Cauca. Prendedor de oro fabricado en las Islas Británicas, hallado en el poblado soteño (foto, J. F. Blanco).

mientras unos se encuentran situados en pleno centro de la cuenca, otros lo hacen en el piedemonte de la orla montañosa, de pastos más frescos a lo largo del año. En el Soto de Medinilla, Melgar de Abajo y Roa, por ejemplo, los équidos alcanzan en torno al 20/25%; el cerdo en el último de los citados, hasta el 17%; en el castro leonés de Sacaojos los bóvidos representan nada menos que el 70% de la fauna y los équidos sólo el 5%. Los bóvidos y los caballos jóvenes y adultos eran aprovechados como fuerza de tiro y como fuente de productos derivados tales como la leche —en el caso de los primeros, al igual que las cabras— o el pelo —en el de los se-

Cauca. Aplique decorativo de bronce con forma de cabeza de león, de rasgos orientalizantes, importado del sur tartésico (siglos VII-VI a.C.) (foto, J. F. Blanco).





Cauca. Jarro de bronce importado del sur tartésico (mediados del siglo VII a.C.) (foto, D.A.I. Madrid).

alto y medio Ebro, que se manifiestan en los perfiles troncocónicos y bulboides de muchos de sus vasos, en los elevados cuellos cilíndricos, en las peanas y en la presencia de algunas decoraciones de tipo Redal/Cortes de Navarra, como se observa en el poblado de El Bustar (Carbonero el Mayor, Segovia).

Sobre este panorama, a partir de finales del siglo VII o inicios del VI a.C. empiezan a decorarse muchas de las cerámicas hasta entonces lisas mediante frisos realizados con peine inciso, un procedimiento enormemente exitoso si consideramos que perduró hasta bien avanzado el siglo II a.C. También por aquellas fechas, y dentro de esas influencias meridionales que llegan al mundo soteño, hacen acto de presencia las primeras cerámicas fabricadas a torno. Concretamente proceden del sureste peninsular —de la zona del sur de Valencia, Alicante y Murcia—, son de pastas blanquecinas, amarillentas o rosadas y están decoradas con líneas, bandas, semicírculos y círculos hechos a compás, helicoides, etc., siempre en pintura roja vinosa y en algún caso, negra.

Los aspectos más desconocidos de las comunidades soteñas son los que se refieren a su organización social, sus creencias y prácticas religiosas, su lengua o su origen y filiación étnico-cultural. Por lo que a los dos primeros afecta, en buena medida la situación se debe a la inexistencia de necrópolis, siempre la más fructífera fuente de información de las sociedades prehistóricas a este respecto. No obstante, algo sí que se puede decir sobre la estructura social. Teniendo en cuenta cómo en los poblados de mayor entidad y longevidad se encuentran presentes determinados objetos de alto valor material y simbólico —como cerámicas policromas, utensilios y adornos bronceos de prestigio, alguna joya áurea, etc., muchos de los cuales son de importación—, sí se puede afirmar que, al menos en ellos, existen unas incipientes élites que dirigen y organizan la vida, y cuya holgada situación económica es la que les permite adquirir bienes originarios de lugares lejanos, quizá a través tanto de las relaciones comerciales como del intercambio de regalos. Por debajo de este es-

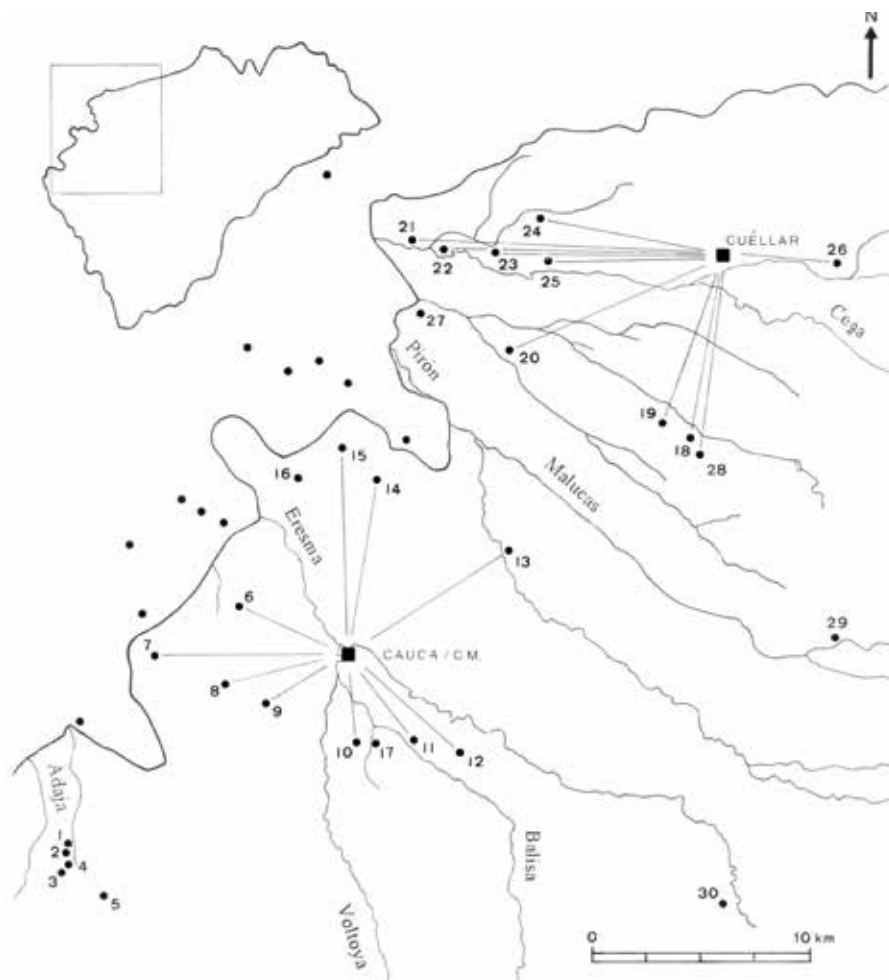
estable-  
cieron con  
comunidades  
intermedias situadas

en el Tajo medio, los valles intramontanos abulenses o el norte de Extremadura. Como no podía ser de otro modo, en la cerámica estas influencias también se dejan notar. Por más que el equipo vascular de las gentes soteñas haya experimentado pocas variaciones formales y decorativas desde el siglo IX al V a.C., pues se trata de producciones locales hechas a mano, de cocción reductora, con las superficies alisadas o bruñidas, lisas en su mayoría —salvo aquellos recipientes de cocina y almacenaje que se decoran con impresiones de dedos, uñas o instrumento en labios y hombros, así como algunos vasos finos engalanados con técnica incisa—, la presencia de lo meridional se manifiesta de

muchas y  
variadas for-  
mas: abundancia, so-  
bre todo en la fase formati-

va, de cuencos con fuerte carena baja y a veces hombro, muy característicos del sureste peninsular; pinturas rojas o “almagras” en numerosos yacimientos del centro-sur y occidente soteños; decoraciones en rojo, amarillo, blanco y hasta en azul, en algún caso, formando complejos diseños geométricos y alguna figuración cuyos paralelos se encuentran en Medellín, El Carambolo y, en general, en el bajo Guadalquivir; copas de pie alto, como las benaventanas, que nos obligan a mirar a esta misma zona del suroeste, etc. Junto a estas influencias mediterráneas, se detectan entre los soteños otras de origen continental, procedentes de los ambientes de Campos de Urnas de la Edad del Hierro del





Concentración demográfica acaecida, hipotéticamente, hacia el siglo V a.C. en el noroeste segoviano, en torno a Cauca y Cuéllar (dibujo, J. F. Blanco).

trato social, seguramente formado por unas pocas familias, se encontraría el constituido por el resto de la población, pero entre ambos la distancia no debió de ser tan acusada como la que tiempo después, en el Hierro II, sabemos que existió entre las aristocracias guerreras vacceas y la masa de la población. Calculando que en estos núcleos soteños podrían haber vivido en torno a las 150 personas por hectárea, un poblado de unas 2,5 ó 3 hectáreas hemos de suponer que podría haber albergado entre 350 y 450 personas, de las cuales la élite seguramente no estaría formada por más de dos o tres docenas.

A lo largo del siglo V a.C. muchos pequeños poblados soteños y alquerías del centro de la cuenca del Duero se deshabitan. Este hecho, unido a que es en esta centuria y comienzos de la siguiente cuando aumentan de tamaño otros, nos sugiere la idea de que tal vez se produjera un proceso de concentración demográfica según el cual aquellos poblados que estaban situados en puntos geográficos y topográficos

ventajosos —y que ya de por sí eran grandes— se convertirán en imanes para una población antes dispersa, con lo que de este modo es como surgirían muchas de las grandes ciudades vacceas (Soto de Medinilla, Montealegre de Campos, Septimanca, Rauda, Cauca, Cuéllar, etc.), así como el característico modelo de poblamiento vacceo. Este proceso de concentración aún insuficientemente conocido y que sería de desigual intensidad dentro del territorio vacceo, creemos reconocerlo con cierta claridad en el entorno de las dos últimas poblaciones citadas, Cauca y Cuéllar, así como en el de Valoria la Buena (Valladolid), donde se deshabitan los poblados soteños de Zorita, Pico Muedra, La Pelaya y Las Peñas de Gozón al tiempo que despegan como gran *oppidum* vacceo el de Las Quintanas.

## Bibliografía

BLANCO GARCÍA, J. F. (2006): *El primer milenio a.C. en el noroeste de Segovia. Hacia la formación de Cauca (Coca). (Siglos XI-V a. C.)*.

Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid. Madrid.

DELIBES DE CASTRO, G. y HERRÁN MARTÍNEZ, J. I. (2007): *La Prehistoria*. Biblioteca Básica de Valladolid. Valladolid.

DELIBES DE CASTRO, G. y ROMERO CARNICERO, F. (2011): “La plena colonización agraria del Valle Medio del Duero”, en J. Álvarez Sanchís, A. Jimeno Martínez y G. Ruiz Zapatero (eds.) *Aldeas y Ciudades en el Primer Milenio A.C. La Meseta Norte y los Orígenes del Urbanismo*. Complutum, 22 (2), 49-94. Madrid.

DELIBES DE CASTRO, G., ROMERO CARNICERO, F. y MORALES MUÑOZ, A. (eds.) (1995): *Arqueología y Medio Ambiente. El Primer Milenio a.C. en el Duero Medio*. Valladolid.

ESPARZA ARROYO, A. (1995): “La Primera Edad del Hierro”, en J. C. Alba López (coord.) *Historia de Zamora*. T. I, *De los Orígenes al Final del Medioevo* (coord. por G. Delibes), 101-149. Zamora.

LIESAU, C. (1998): *El Soto de Medinilla: faunas de mamíferos de la Edad del Hierro en el valle del Duero (Valladolid)*. Archaeofauna, 7. Madrid.

MACARRO, C. y ALARIO, C. (2012): *Los orígenes de Salamanca: el poblado protohistórico del Cerro de San Vicente*. Salamanca.

MISIEGO, J. C. et alii (1997): “Excavaciones arqueológicas en el yacimiento de ‘La Corona/El Pesadero’”, en *Manganeses de la Polvorosa (Zamora)*, *AIEZFO* 1997, 17-41. Zamora.

— (2013): *Las excavaciones arqueológicas en el yacimiento de ‘La Corona/El Pesadero’*, en *Manganeses de la Polvorosa. La Edad del Hierro y la Época Romana en el norte de la provincia de Zamora*. Arqueología en Castilla y León, Memorias, 19. Valladolid.

ROMERO CARNICERO, F. y RAMÍREZ RAMÍREZ, M. L. (1996): “La cultura del Soto. Reflexiones sobre los contactos entre el Duero medio y las tierras del sur peninsular durante la Primera Edad del Hierro”, en M. A. Querol y T. Chapa (eds.) *Homenaje al Profesor Manuel Fernández-Miranda*, vol. I, Complutum, Extra 6.1, 313-326. Madrid.

ROMERO CARNICERO, F. y RAMÍREZ RAMÍREZ, M. L. (2001): “Sobre el ‘celtismo’ de la ‘cultura’ del Soto”, *BSAA*, LXVII, 49-80. Valladolid.

Juan Francisco Blanco García  
Universidad Autónoma de Madrid

El presente trabajo se enmarca en el proyecto de investigación I+D+i (2011-2013) *Cosmovisión y simbología vacceas. Nuevas perspectivas de análisis* (HAR2010-21745-C03-01), de la Dirección General de Investigación del Ministerio de Ciencia e Innovación.